



Eugène IONESCO, Rumania, 1976

Dramaturgo rumano (1912-1994), fue uno de los máximos exponentes del llamado “teatro del absurdo”. Fue uno de los autores más emblemáticos de este siglo XX. Recibió, entre otros muchos reconocimientos, las medallas de la Mayenne, la Fleche, Saint-Etienne, Saint-Chamonde y la Ciudad de París, y los premios Internacionales de Monte Carlo de Arte Contemporáneo y “T.S. Elliot-Ingersoll” de Chicago.

Cuando en 1959, el Instituto Internacional de Teatro me honró al invitarme a participar en su Congreso en Helsinki, yo presenté el Teatro Nuevo, menos nuevo ahora, que se llamaba entonces Teatro de Vanguardia. Mi mensaje terminaba con la siguiente conclusión: “la vanguardia es la libertad”. Esta definición o proclama fue considerada por la mayoría de representantes de todos los países, tanto en Este como en el Oeste, subversiva, peligrosa. Desde entonces, muchas cosas han cambiado. Todavía acantonados en la época, ya sea en el realismo burgués o en el realismo más o menos socialista, los hombres de teatro le tenían miedo a la imaginación. Los realismos siguen subsistiendo en el Teatro de “Boulevard” o en el Teatro ideológico, pero todo lo nuevo que se haya hecho, lo interesante, todo lo que vive, desde hace más de quince años, excede los realismos y las imposiciones. Nos levantamos muchas veces en contra del realismo, por la sencilla razón de que la realidad no es realista y que el realismo es una escuela, un estilo, una convención como otras tantas que se han vuelto academicismo, es decir, han muerto. Nos levantamos también en contra de un teatro ideológico, porque el teatro ideológico es él mismo una obligación, prisión y prisionera de tesis, doctrinas, postulados, que el autor de teatro está impedido de cuestionar.

La verdad se encuentra en la imaginación. El Teatro de Imaginación es un teatro de la verdad auténtica, auténticamente documental. El teatro no es nunca honesto ni tampoco libre, por la sencilla razón de que está orientado a priori. La imaginación no puede mentir. Ella es reveladora de nuestra psicología, de nuestras angustias permanentes o actuales, de las preocupaciones del hombre de siempre y de hoy, de las profundidades del alma. Un hombre que no sueña, es un hombre enfermo. La función del sueño es indispensable; la función imaginativa, es decir, la libertad del espíritu, es un hombre alienado. Los grandes revolucionarios o sus precursores han sido soñadores, quiero decir, utópicos. Pero cuando la utopía se vuelve estado, obligación, ley, es pesadilla. El sueño, decía un gran psicólogo, es un drama, del cual somos a la vez el autor, el actor y el espectador. El teatro es una construcción de la imaginación en libertad. Cada uno de nosotros tiene la necesidad de inventar. Es por placer de inventar que yo mismo he escrito obras de teatro. Imaginar, inventar, no es una actividad aristocrática. Somos todos artistas en potencia. El teatro popular comprometido, orientado, dirigido, dictado por los representantes del Estado, por los políticos, no es un teatro popular, es el teatro de imaginación, el verdadero teatro libre. Los ideólogos de la política han querido apropiarse del teatro y utilizarlo para su beneficio, como un instrumento. Pero el arte no es, o no debe ser, un asunto de Estado. Es un pecado en contra del espíritu el hecho de entorpecer la espontaneidad creativa. El Estado es solamente la superestructura artificial de la sociedad; el Estado no es la sociedad, pero los políticos quieren de esta manera utilizar, controlar la creación dramática para su propaganda. El teatro puede, en efecto, convertirse en uno de los instrumentos soñados para cualquier tipo de propaganda, de lo que llaman “educación política”, es decir, un desvío, meter ideas a la fuerza en la cabeza. Los políticos deben ser únicamente los servidores del arte, particularmente del arte dramático. No deben ser sus dirigentes y mucho menos sus censores. Todo su trabajo debe consistir en permitir el libre desarrollo del arte y del arte dramático especialmente. Pero la imaginación les da miedo.

En algunos países, nosotros lo vemos sometido a la censura de los gobiernos. Infortunadamente, los gobiernos que le temen a la oposición. Es que no están seguros de ellos mismos.

En otros países, en Occidente especialmente, algunos gobiernos son más liberales que la oposición. Es la oposición la que ejerce la censura. Los representantes de este tipo de oposición tienen gusto por el poder, moral, un chantaje ideológico y moral. Frecuentemente, estas "eminencias grises" ("maitres a penser") son muchas veces más estrechos, más intolerantes que sus gobiernos, a tal punto que los artistas de estos países se ven forzados a autocensurarse. Infortunadas las oposiciones que le temen a las anti-oposiciones y desafortunados sean los artistas quienes, en nombre de ideologías sedicente revolucionarias o contrarrevolucionarias, impiden la liberación creativa, el libre desarrollo de la imaginación. Nada impide al ciudadano a comprometerse políticamente como quiera. Pero, como artista que cuestiona todo, tiene que ser libre. Es por esa razón que la tarea urgente de los artistas y autores dramáticos de todos los países consiste en despolitizar el teatro, o sea, en no tomar en cuenta ni al Estado ni a las "eminencias grises" que los quieren comprometer.

El arte, se dice, no tiene fronteras. El teatro no debe tenerlas tampoco. Más allá de las divergencias ideológicas, castas, razas, nacionalismos, patrias particulares, debe ser la patria universal, el lugar de encuentro de todos los hombres que comulgan con la misma angustia y las mismas esperanzas que revela la imaginación, no arbitraria, ni realista, sino expresión de nuestra identidad, de nuestra continuidad, de nuestra unidad.

Nada de consignas para los creadores. ¡Nada de recibir instrucciones de los gobiernos!